

Boyacá.

Tumba del reino y altar de la República: la batalla en que se acabó un mundo

Por *Francisco Flórez Vargas*¹

El nombre de un pequeño río en la provincia de Tunja adquirió fama continental tras la batalla que tuvo lugar sobre uno de sus puentes, el 7 de agosto de 1819. En palabras del general republicano Carlos Soublatte, el 11 de agosto del mismo año, la batalla «ha asegurado de un modo inefable la libertad de toda la América del Sur» (Osorio 31). En el mismo sentido, una vez se enteró del resultado de la batalla, el general realista Pablo Morillo escribió a Madrid informando que «el fatal éxito de esta batalla ha puesto a disposición de Bolívar todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, de donde sacará lo que necesite para continuar la guerra ... Popayán, Pasto, Quito y todo el interior del continente hasta el Perú» (Osorio 33).

Es incuestionable que uno de los puntos de quiebre en la Revolución de Independencia Hispanoamericana fue la Batalla de Boyacá. Antes de ella, las tropas de Bolívar eran una amenaza guerrillera marginal contra el poder de la Corona en las llanuras periféricas de Venezuela. Después de la batalla, Bolívar suponía un ejército continental capaz de destruir la autoridad fernandina en los dos virreinos más significativos de la América del Sur: el Perú y la Nueva Granada. Boyacá fue el paso al Perú y con la pérdida del virreinato de Lima, por parte de España, quedó sellada para siempre la ruptura entre España y América, como no podía ser de otra manera.

¹ Magíster en Derecho de la U. de Los Andes, Bogotá, Colombia; Máster en Antropología e Historia de América de la U. Complutense, Madrid, España; Abogado de la U. de Los Andes, Bogotá, Colombia. Ha sido profesor universitario y Asesor del Congreso de la República de Colombia y del Concejo de Bogotá.

No sobra recordar que tan determinante batalla para la historia de un continente no tuvo las dimensiones equivalentes a las que por entonces se batían en Europa y en la misma América. La ausencia de ejércitos regulares locales en Suramérica hizo que los protagonistas de la Guerra de Independencia fueran civiles que, de improviso, según su circunstancia económica y social, asumieran espontáneos puestos en la oficialidad o en la tropa de unas fuerzas improvisadas y mal entrenadas. Tampoco se verificó un desbordado entusiasmo de la población por incorporarse a tales fuerzas.

Si en Austerlitz o en Waterloo combatieron cientos de miles, en los campos cercanos a Tunja no participaron más de 8 mil combatientes, incluidos los dos bandos. Además de la falta de entusiasmo popular, ni la Corona ni la República tenían la capacidad de recurrir a un reclutamiento forzado significativo, como sí lo tenían los Estados de Europa. La «escaramuza» de Boyacá tuvo consecuencias definitivas para la cultura y política hispánicas en las dos orillas del Atlántico.

La batalla

La batalla tuvo lugar en un teatro de operaciones estratégico, dado que se trataba de una de las rutas más importantes a Santafé, capital del virreinato y sede tanto de la Audiencia como del virrey Juan Sámano. Una vez cruzada la cordillera, Bolívar —con 2.800 hombres— se enfrentó con el ejército realista al mando del joven coronel José María Barreiro, quien contaba con una fuerza cercana a los 2.000 efectivos² (Restrepo 1080; Friede 106-136). La primera batalla tuvo lugar en el Pantano de Vargas, 150 kilómetros al norte de Santafé, el 25 de julio de 1819, fecha en que se conmemoraba el patrón de las Españas.

En el Pantano de Vargas se verificó el enfrentamiento de dos ejércitos mayoritariamente extranjeros que se disputaban

² El cálculo anterior se desprende tanto de lo dicho por Restrepo como por el propio Barreiro y descarta las cifras de O'Leary y otros historiadores que elevan las cifras de realistas a más de 4.000.

la capital del Nuevo Reino de Granada. Del bando realista, el peninsular Barreiro estaba al mando de unos 1.500 infantes y 500 jinetes, en su gran mayoría peninsulares, que habían llegado recientemente con el ejército expedicionario de Morillo³ (Quintero 340; Friede 133). En el componente realista americano se destacaron el batallón Numancia –de venezolanos– y el batallón del Tambo –de pastusos–.

En el bando republicano, el venezolano Bolívar dirigía una caballería compuesta de unos 600 lanceros –vaqueros de los llanos venezolanos– y una tropa que se dividía entre novecientos venezolanos y 300 mercenarios ingleses e irlandeses que componían la Legión Británica (Madarriaga 96).

En realidad, el protagonismo de neogranadinos fue marginal en los dos bandos, pues fue una lucha de peninsulares contra venezolanos. El mayor protagonismo de neogranadinos se verificó en la oficialidad republicana, aunque también en forma mermada. De los cuatro generales republicanos que protagonizaron las batallas de Vargas y de Boyacá, a saber José Antonio Anzoátegui, Carlos Soublette, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, solo el último era neogranadino, siendo los demás venezolanos.

En el bando realista, la oficialidad era más modesta en cargos. El comandante Barreiro era apenas un joven de 26 años con el rango de coronel. La más alta oficialidad, con Juan

³ Sobre los reclutas americanos que Morillo, a causa de las bajas de los peninsulares, se vio forzado a incorporar, Gonzalo Quintero anota que: «solo una minoría había ingresado como voluntarios, pues el resto lo había hecho como único medio para salvar la vida. Por lo tanto, los jefes peninsulares eran plenamente conscientes de la escasa combatividad de unos efectivos obligados a enrolarse casi a la fuerza, así que éstas unidades fueron dedicadas a labores menores o de guarnición, con lo que se dejaba libres a los soldados peninsulares para que formasen unidades de combate». La presencia de tropa neogranadina en el ejército republicano era aún más forzada, habiendo Bolívar decretado que, so pena de horca, todos los hombres entre 16 y 60 años de los pueblos aledaños a Tunja debían presentarse a combatir.

Sámano a la cabeza, permaneció en Santafé⁴. Es importante señalar que en 1816 Morillo se había llevado consigo para Venezuela el grueso de la tropa peninsular que lo acompañaba, circunstancia que explica la precariedad con que el joven Barreiro tuvo que enfrentar a Bolívar tres años después de la partida de Morillo. Este punto, muy poco presente en las fuentes republicanas, explica con mayor precisión el verdadero aspecto estratégico del ataque de Bolívar, así como la posición de desventaja en que fue atacado el ejército realista en el altiplano que circundaba a Santafé (Quintero 350).

Ninguno de los dos bandos pudo proclamar victoria tras la batalla de Vargas, pero después de los dudosos resultados del 25 de julio, Barreiro envió a Sámano varias cartas solicitando urgente munición y aprovisionamiento. El día después de la Batalla, escribió:

Un fuerte aguacero impidió la continuación del fuego, me vi precisado a reunir las tropas y esperar las municiones de que estaba enteramente la tropa desprovista. ... es indispensable que Vuestra Excelencia dé sus órdenes para que vengan prontamente otros cincuenta mil cartuchos. ... sería muy útil tener en la división un par de cañoncitos de montaña de los que existen en el parque y un pequeño obús que me parece hay también⁵ (Friede 116-137).

Al percatarse de que nuevos refuerzos habían llegado a las tropas de Bolívar desde los llanos orientales, insistió Barreiro a Sámano el 29 de julio:

Los designios de Bolívar es la reunión de cuanta gente pueda disponer, parece es la de atacar nuestras fuerzas con un excesivo número. Yo permaneceré siempre a su vista, pero no me determino a atacarlo en el día, pues

⁴ La decisión de Sámano de permanecer en Santafé no debe ser juzgada con extrema dureza. Era la capital del Virreinato y centro operativo para coordinar el gobierno y defensa del reino, toda vez que Morillo se había desplazado para Venezuela a «terminar de sofocar la rebelión» desde el 15 de noviembre de 1816.

⁵ La referida correspondencia de Barreiro se encuentra en la obra de Friede.

sería demasiado aventurar su resultado. Si Vuestra Excelencia hubiese dispuesto la remisión de la artillería que he solicitado en este caso, tan luego que llegue caeré sobre ellos ... Es de la mayor necesidad el formar en Tunja un depósito de municiones (Friede 116-137).

En el final de la última carta que escribió a Sámano, el 31 de julio, manifestó:

Desearía que Vuestra Excelencia, conciliándolo todo, hiciera se me incorporasen el mayor número [de tropas] posible, pues es el medio más seguro de alejar al enemigo de la capital ... Las fuerzas que en la actualidad tengo reunidas no son suficientes ... Suplico a Vuestra Excelencia se interese en la pronta rehabilitación y misión de la piezas [de artillería] como también en el depósito de municiones que debe establecerse en Tunja. Dios Guarde a Vuestra Excelencia muchos años (Friede 116-137).

El 7 de agosto, sobre el puente del río Boyacá, los republicanos vencieron a las tropas del rey y días más tarde capturaron la capital del Virreinato, que se hallaba desguarnecida. Barreiro, junto con 37 oficiales realistas, fue pasado por las armas por orden del general Santander en la plaza mayor de Santafé (Restrepo 1039). La última correspondencia de Barreiro parece indicar que, a diferencia de lo señalado por las fuentes republicanas tradicionales⁶ (O'Leary 232; Restrepo 1015), la posición

⁶ Al referir la situación defensiva del ejército realista en Santafé, O'Leary afirmó: «Las fuerzas realistas en la Nueva Granada al mando de los oficiales más hábiles del ejército expedicionario y perfectamente equipadas, se hallaban acantonadas de la manera siguiente: cuatro mil hombres guarnecían la frontera del norte que separaba las provincias de Cundinamarca y Tunja de los llanos de Casanare: en las guarniciones de Santa Fe y otras ciudades del interior y del litoral se empleaban tres mil, todos ellos, españoles y naturales, bien disciplinados y pagados. La caballería montaba los mejores caballos y la artillería estaba bien servida y completa en un todo». Restrepo, aunque menos dramático que O'Leary, también dibujó un panorama muy optimista del bando realista, que tampoco se comparece con los desesperados informes de Barreiro. Afirma Restrepo: «Aun suponiendo que el ejército de Bolívar atravesara la cadena de Los Andes, le amenazaban acaso mayores riesgos en la falda occidental de la cordillera. Sus pocas avenidas estaban guardadas cuidadosamente por la tercera división del

militar realista al norte de Santafé era bastante precaria. No solo carecían de suficiente armamento y pie de fuerza, sino también que la destreza de los llaneros venezolanos supuso una ventaja decisiva del elemento guerrillero americano sobre el más castrense y convencional europeo.

La precariedad con que se defendía Barreiro no puede endilgarse a sencilla torpeza del bando realista. Por el contrario, dicha precariedad confirma que Morillo se fue de Santafé con lo mejor del ejército expedicionario y que el ataque de Bolívar cruzando la cordillera y tomando la Capital por el norte parecía una aventura tan débil que no fue tomada seriamente por Sámano. En efecto, las guerrillas llaneras al mando de José Antonio Páez en Venezuela exigían la intervención de Morillo con un importante ejército, tal y como él mismo lo explicó⁷ (Friede 62; Restrepo 1012). También es cierto que los realistas sabían del plan de Bolívar para cruzar los Andes, al menos desde 1818, pero lo que el ejército realista consideró un peregrino plan de Bolívar solo vino a convertirse en una amenaza real en junio de 1819⁸ (Friede 141).

ejército expedicionario, que tenía en la provincia de Tunja cerca de 2.400 hombres de infantería y más de 400 jinetes. El coronel de artillería don José María Barreiro era el comandante general de esta división, escogido por Morillo, que era buen juez en la materia. Todas las tropas españolas (...) tenían moral, disciplina y abundaban de cuantos recursos eran necesarios para rechazar cualquier invasión de los independientes».

⁷ Informe de Morillo al secretario de guerra. Septiembre de 1818 en la obra de Friede. No solamente Morillo afirma que su presencia en Venezuela era necesaria para contener a las guerrillas republicanas de Páez, el mismo Restrepo afirma que las escaramuzas de Páez en Venezuela fueron una deliberada operación para alejar a Morillo de Santafé: «Pretendía Bolívar con esta operación — fingir su ruta al norte de Venezuela y mantener a Páez en los llanos— engañar a Morillo acerca del verdadero objeto de su Marcha —que era Santafé— y llamar hacia Cúcuta o Pamplona las fuerzas españolas que defendían las provincias internas de la Nueva Granada. Quería también que Páez entretuviera a la quinta división del ejército expedicionario (...) para que no se internase en el Nuevo Reino ni auxiliase a la tercera división».

⁸ Lo cierto es que Sámano solo informó a Morillo sobre la inminencia del ataque de Bolívar a Santafé el 4 de agosto de 1819, tres días antes de la batalla de Boyacá. Parte oficial de Sámano a Morillo.

En la tarde del 7 de agosto, Bolívar sorprendió a Barreiro cuando se disponía a cruzar el puente del río Boyacá, cuyo control garantizaba acceso al camino real que conducía a la Capital. La batalla no duró más de dos horas y concluyó ante las formidables investidas de la caballería llanera, que condujeron a la fuga de buena parte de la tropa realista. El hecho de la huida de la caballería realista –poco lustroso en términos militares– fue confirmado por fuentes de uno y otro bando. El peninsular Sebastián Díaz, oficial realista sobreviviente a la batalla, escribió en su diario y reportó a sus superiores lo siguiente:

Dos escuadrones enemigos se dirigieron al trote sobre nuestros cañones ...a la vista de esta carga nuestras columnas de infantería se desordenaron... siguiéndose una dispersión de nuestra tropa y fuga que la fuerza y esmero de muchos buenos oficiales no pudieron contener. Un escuadrón de caballería enemiga se dirigió sobre nuestra izquierda y otro cargó sobre los cañones. La 3 y 5 compañía de dragones cargó sobre un escuadrón enemigo pero apenas llegaron al crítico momento del choque, volvieron caras y tomaron la fuga nuestra caballería (Friede 141).

Restrepo, más crudo y sin miramientos a los esmeros de “muchos buenos oficiales” escribió: «La compañía de granaderos a caballo, que era toda de españoles europeos, fue la primera que abandonó cobardemente el campo; casi toda la caballería imitó el mismo ejemplo con su comandante el teniente Víctor Sierra» (1021).

Al enterarse de la derrota sufrida por Barreiro, el virrey Sámano huyó de la Capital con toda la tropa de que disponía el 9 de agosto en la mañana. Le siguieron en su huida cientos de peninsulares y americanos adeptos al rey⁹ (Restrepo 1024).

⁹ Según Restrepo, la retirada del virrey fue apresurada: «Si el virrey, sus jefes y soldados no se hubiesen dejado sobrecoger de un terror pánico, aún habrían podido hacer una defensa vigorosa. Con menos miedo hubieran podido reunir mil y quinientos hombres, los que por su número y disciplina hubieran podido contener a los vencedores».

Santafé quedó abandonada y Bolívar marchó sobre ella sin resistencia alguna en la tarde del 10 de agosto de 1819. En esa tarde murió la Santafé virreinal para dar lugar a la Bogotá republicana¹⁰ (Restrepo 1039). Desde Santafé, Bolívar reagrupó al ejército republicano y ocupó el centro y norte del reino en una operación anfibia por el río Magdalena (Restrepo 1033).

Sámano, ya huyendo con destino a Cartagena, encargó al coronel Sebastián de la Calzada que asumiera el mando del ejército realista sobreviviente en Boyacá y se dirigiera a Popayán y Pasto para frenar, desde allí, la avanzada republicana, en la Gaceta de Santafé de Bogotá No. 7 se expone la manera en que Sámano le solicitó al gobernador de Popayán que:

Con vista de la suerte desgraciada del comandante general de la tercera división, don José María Barreiro, he nombrado en su lugar, con todas mis facultades, a don Sebastián de la Calzada, coronel del regimiento de Numancia, y por consiguiente le dará vuestra señoría todos los auxilios que necesite para desempeñar el mando militar (28).

Pero la suerte ya se había jugado y el Rubicón de Simón Bolívar se llamó Boyacá. A pesar de la formidable resistencia de los realistas pastusos, las batallas de Bomboná y de Ayacucho permitieron el paso de la infantería republicana hasta el Perú. Lo demás hace parte de la historia.

Corolario ... el final de un mundo

Los ciclos históricos suelen finalizar mediante procesos relativamente largos. Roma duró al menos dos siglos en caer, siendo arbitraria cualquier fecha puntual que se le quiera poner entre su término y el comienzo de la edad media. El Imperio Británico duró desmoronándose desde el fin de la Segunda

¹⁰ Bogotá sería desde entonces capital de la República. Tras una rápida organización institucional, Bolívar siguió con su campaña por el norte para ocupar el resto del Virreinato, dejando encargado a Santander de la vicepresidencia. El 11 de octubre de 1819 Santander ordenó la ejecución de 38 oficiales realistas sobrevivientes a la batalla de Boyacá, incluido Barreiro.

Guerra hasta los procesos de descolonización que terminaron en los años setenta, sin que tampoco pueda encontrarse fecha o acontecimiento preciso que marque su final.

Por el contrario, hay etapas históricas cuyo final puede identificarse con similitud a la que un médico indica el día y la hora en que falleció su paciente. Y es paradójico que una batalla como la de Boyacá, militarmente insignificante, resultara mortalmente decisiva para la suerte de un mundo.

Aunque pueda parecer exagerado, lo cierto es que los reinos de Santafé, Quito y Lima, más todas las provincias al sur del Caribe, finalizaron su existencia cultural y política como directa consecuencia del triunfo bolivariano en Boyacá. De forma indirecta, pero no menos dramática, los reinos australes de Santiago y La Plata cesaron de existir para ser reemplazados por las repúblicas actuales del Cono Sur.

Una federación continental de enormes reinos cristianos, sin fronteras entre sí, unidos bajo una sola religión, un solo rey y una sola política, dio lugar a una infinidad de medianas repúblicas, fragmentadas por las fronteras, la contradicción en sus políticas y la confrontación bélica. La Guerra de Independencia Hispanoamericana, la más cruenta de las guerras civiles que haya padecido América, vio en Boyacá el escenario para que las fuerzas del desarraigo triunfaran definitivamente.

Antes se explicó cómo, geográficamente, el triunfo en Boyacá permitió que Bolívar invadiera al Perú y con ello se consolidara, política y militarmente, el final de la Monarquía en la Sudamérica española. Pero los hechos ocurridos en Boyacá, más allá de lo estrictamente político, también transformaron el talante espiritual de los pueblos que sufrieron sus consecuencias. Es así como, bajo la etapa republicana surgida tras el año de 1819, se consolidó lo que Jaime Eyzaguirre llamó «la América de la apostasía»:

El repudio lo cubrió todo – anotó el chileno- y después de arrojar desdeñoso un ropaje que había cubierto las carnes

de América por espacio de tres siglos comunicándoles el calor cristiano, corrió con la vergüenza que produce la desnudez, tras otras galas que hubo de mendigar a las puertas de naciones de culturas, no solo diversas, sino a menudo antagónicas a la suya (38).

Porque los mundillos republicanos que emergieron de la extinta monarquía integral transcurrieron el sangriento siglo XIX emulando culturas diferentes, avergonzados de su identidad, implementando sistemas políticos completamente ajenos a sus tradiciones. Ello implicó que la América española fuera sumergida en un anacronismo lleno de contradicciones y en una seria crisis de identidad que hasta hoy no ha sido superada.

Pero las consecuencias de Boyacá no solo fueron patentes en el Nuevo Mundo, también afectaron, de forma irreparable, el *ethos* de la España europea. Aunque el año de 1898 ha significado para España «el desastre» de Cuba, que en realidad se refiere al trágico fin de un Imperio, el verdadero final de la Monarquía Católica transcontinental no fue en ese episodio. El imperio que edificó el César Carlos no se desplomó en 1898, con la guerra contra Estados Unidos, sino que ya se había extinguido hacía un siglo, ante la victoria del separatismo español de los muy españoles señoritos americanos. Fue la separación de la Nueva España, Venezuela, la Nueva Granada, el gran Perú, Santiago y la Plata el auténtico y trágico final de la Monarquía Católica transcontinental, y no la triste partida de Cuba y Filipinas, últimos baluartes que ya eran nostalgia en la hora de su pérdida.

De tal forma que en este año 2019, cuando se celebran en Colombia los doscientos años de la Batalla de Boyacá, no he querido insistir en el carácter heroico que tuvo para los republicanos, pues en realidad ese pequeño puente es el altar de la nueva patria colombiana. He querido, en cambio, con esa nostálgica admiración que producen ciertos bandos derrotados, recordar que los campos de Boyacá también son la tumba de un reino, el de la Nueva Granada, que por tres siglos rigió los destinos de un mundo que se fue con él.

Bibliografía

- Eyzaguirre, Jaime. *Hispanoamérica del dolor*, Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 1969. Impreso.
- Friede, Juan. *La Batalla de Boyacá a través de los archivos españoles*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, 2011. Impreso.
- Gaceta de Santafé de Bogotá, No. 7, Bogotá, Imprenta del Estado, 26 de septiembre de 1819, p 28. En *Fundación para la conmemoración del bicentenario del natalicio y el sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander, Los ejércitos del rey*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1989. Impreso.
- Madariaga, Salvador de. *Bolívar*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1951. Impreso.
- O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias*. T. 3. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1952. Impreso.
- Osorio Rocines, Felipe. *Escritos primarios del doctor Alejandro Osorio*. Bogotá: Ed. Guadalupe, 2002. Impreso.
- Quintero, Gonzalo. *Pablo Morillo general de dos mundos*. Bogotá: Planeta, 2005. Impreso.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* T. I. Ed. Leticia Bernal Villegas. Edición en 2 tomos. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2009. Impreso.